

LAZZARO SPALLANZANI +

LOS MICROBIOS NACEN DE MICROBIOS

A semejanza de Leeuwenhoek, el joven italiano tuvo que sostener grandes luchas con su familia para llegar a ser un cazador de microbios. El joven Spallanzani estaba tan decidido a arrancar sus secretos a la naturaleza como lo estuvo Leeuwenhoek, si bien eligió un camino totalmente diferente para llegar a ser hombre de ciencia. La emoción y la dignidad de profundizar en el estudio de la Naturaleza empezaron a abrirse en los laboratorios retirados de los filósofos.

Spallanzani se lanzó con ardor a la tarea de recoger los conocimientos más diversos, a poner a prueba toda clase de teorías, a descartar todas las autoridades por famosas que fuesen y frecuentó el trato de todo género de personas, desde obesos obispos, funcionarios y profesores, hasta actores extranjeros y juglares, era como el polo opuesto de Leeuwenhoek. Una vez ordenado sacerdote y considerado como un creyente fanático, se entregó con ardor a poner en duda todo lo existente, sin aceptar nada como cierto, excepto la existencia de Dios, antes de cumplir los treinta años fue nombrado profesor en la Universidad de Regio, allí fue donde dio comienzo a sus estudios sobre los animalillos, aquellos seres nuevos y pequeñísimos descubiertos por Leeuwenhoek, esos animalillos eran objeto de una controversia extraña, giraban en torno de esta cuestión: ¿Nacen espontáneamente los seres vivos, o deben tener padres forzosamente?, Spallanzani negaba la posibilidad de la generación espontánea de la vida; ante la realidad de los hechos estimaba absurdo que los animales, aun los diminutos bichijos de Leeuwenhoek, pudieran provenir de un modo caprichoso, de cualquier cosa vieja o de cualquier inmundicia. ¡Una ley y un orden debían presidir su nacimiento; no podían surgir al azar!, ¡Con cuánta facilidad dilucida la cuestión! Toma dos tarros y pone un poco de carne en cada uno de ellos, deja descubierto uno y tapa el otro con una gasa, las moscas acuden a la carne que hay en el tarro destapado, y poco después aparecen en él las larvas y más tarde moscas, examina el tarro tapado con la gasa y no encuentra ni una sola larva, ni una sola mosca., a la mañana siguiente le hizo pensar en la misma cuestión, pero no ya en relación con las moscas, sino con los animales microscópicos, pero reflexionaba: “Si es que me propongo probar algo no seré un verdadero hombre de ciencia si no aprendo a seguir los hechos adonde quieran llevarme; tengo que zafarme de mis prejuicios.

Spallanzani enseñó a sus discípulos que la vida solo procede de la vida, que todos los seres vivos, aún esos mismos bichitos despreciables, tienen forzosamente progenitores, después de esto, abandono temporalmente sus arduas investigaciones acerca de los amores, las luchas y la muerte de los animalillos y se entregó a profundos estudios sobre la digestión de los alimentos en el estomago humano

Pronto volvió, sin embargo, a la misteriosa cuestión de los orígenes de la vida aceptándolo con fe ciega como uno de los milagros del creador, en su insaciable sed de conocimientos, que le hacía no detenerse ante obstáculo alguno, iba guiado por una pasión que le arrastraba a realizar no sólo cruentos experimentos con los animales, sino que también se sometía a sí mismo a pruebas crueles y fantásticas. El italiano, por su parte, se dedicó a escribir y siendo en el laboratorio un virtuoso, con la pluma en la mano se transformaba en un demonio, Spallanzani tenía ya la certeza de que todos los animales, aun los más pequeños proceden de otros que, a su vez, han tenido existencia anteriormente; también tenía la convicción de que un diminuto microbio seguía perteneciendo siempre a la misma especie de sus progenitores del mismo modo que una cebra no se transforma en una jirafa o procrea bueyes almizcleros, sino que siempre es una cebra y engendra cebras pequeñas, en resumidas cuentas - decía Spallanzani -. Needham estaba equivocado y yo he demostrado que en la ciencia de los animales lo mismo que en las orbitas de las estrellas, rige una ley y un orden.

En las postimetrías del siglo XVIII, cuando Napoleón comenzaba a destruir un mundo viejo, y en los momentos en que Beethoven llamaba a las puertas del siglo XIX con la primera de sus titánicas sinfonías, que sonaban como gritos de guerra del espíritu nuevo, uno de cuyos principales creadores fue Spallanzani, en aquel año de 1799, el gran cazador de microbios sufrió un ataque de apoplejía. Tres días más tarde, asomando la cabeza, enérgica e indomable entre los colchones de pluma recitaba versos de Tasso y de Homero para entretenimiento y deleite de los amigos que habían venido

a verle morir, y aunque se resistía a confesarlo, aquello fue un Canto del Cisne, según dice uno de sus biógrafos. Murió pocos días después.

¿Qué es lo que nos queda del maravilloso Spallanzani? Un modesto busto de Pavía y su vejiga, que puede contemplarse en el museo de esa ciudad el que tenga interés en ello. ¡Qué mejor epitafio para Spallanzani! ¡Que reliquia más sugestiva de todo su apasionamiento por descubrir la verdad; él no se detuvo ante nada, desprecia las convivencias sociales, siéndole indiferente el ser tomado por hombre ridículo, indecente o de mal gusto.

Spallanzani sabía que padecía de una enfermedad de la vejiga. "Bien, sacádmela después de muerto"
- "Tal vez descubra un nuevo hecho asombroso relativo a las vejigas enfermas".